

de Emperador, Bolívar como se dijo antes, la despreciaba en América por el título de Libertador. Genios eran ambos que luchando por ideales distintos, se auxiliaron complementándose en la guerra contra España.

Concretándonos al triángulo americano, conviene hacer observar que en este cuarto de siglo la revolución ardía simultáneamente desde México hasta Buenos Aires. Era una consecuencia mediata de los enciclopedistas y de la Revolución Francesa; pero también del ejemplo dado por los Estados Unidos que después de 8 años de luchas (1775-1783) consolidaron su independencia, que fué proclamada en 1776. Hidalgo, Morelos, Itúrbide y Guerrero en México; Miranda, Bolívar, Páez, Sucre, Flores y otros en Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia; San Martín en Argentina (1817) O'Higgins en Chile; Artigas en Uruguay, recogían en 1810, la herencia revolucionaria que germinaba en todas partes, lanzada por unos pocos, acariciada por muchos y consagrada por los privilegiados. ¿Cuántos pensadores y soldados desconocidos fueron héroes y precursores de la independencia americana! La historia no ha tenido para la mayoría de estos patricios anónimos, ni una lápida común que perpetúe ante la posteridad, sus ideales, sus sacrificios ni sus heroísmos; que no basta ser iluminado por la luz de los escogidos, sino también que la oportunidad y el genio les señale el camino de la inmortalidad.

De todos modos, es la verdad histórica que entre las grandes figuras de la independencia americana, sin excluir a Washington, cuya grandeza no tenemos interés en achicar, no hay una que tenga el relieve firme de Bolívar, ni que reuna, como en un ramillete, todas sus excelsas virtudes y sus más características condiciones personales.

La trayectoria de este soldado de la libertad en su primera etapa, ya la hemos dicho antes. En la segunda, es de suyo conocida para repetirla en detalle. El 5 de julio de 1811 y después de varias intentonas revolucionarias fracasadas, el General Miranda, veterano de las guerras de Francia, y muerto después como prisionero en Cádiz, y Bolívar como subalterno de aquél, proclamaron idealmente la independencia de Venezuela. Vencida la revolución, Bolívar ofrece sus servicios a la revolución de Colombia, iniciada en Cartagena en 1810, operando como jefe en el Departamento del Magdalena. Con soldados y recursos de Colombia vuelve a Venezuela, adonde lo espera otro fracaso. Regresa de nuevo a Colombia, de donde emigra en 1816 a Jamaica y a Haití, desde donde incursiona frecuentemente, ayudado por Petión, sobre su país natal, hasta que por último consolida la revolución en el Orinoco (1818) y derrota a los españoles. Es entonces que se dirige, una vez más, hacia Colombia, (a quien el General Morillo dominaba desde 1815, cuando ya Fernando VII había sido restablecido en el trono) y con un pie de fuerza respetable, al cual se le había agre-

gado la legión extranjera compuesta de oficiales ingleses y franceses, se enfrenta a los españoles. Así como Aníbal, y Napoleón pasaron los Alpes, Bolívar pasó los Andes (1819) realizando así una hazaña digna de un capítulo por separado. Los españoles lo esperaron en Boyacá, pero Bolívar los derrotó fácilmente, abriéndose paso hacia Santa Fe de Bogotá. En estas condiciones propicias, vuelve a Caracas, reúne el Congreso de Cumaná (1821) y proclama la República de la Gran Colombia, el mismo año de la independencia de Costa Rica. Morillo que flaquea, concierta con Bolívar un armisticio de seis meses, durante el cual Morillo es llamado a Madrid. Pasado el armisticio, empeña Bolívar una acción decisiva contra las fuerzas del General La Torre, sustituto de Morillo, a quien derrota en los gloriosos campos de Carabobo (1821).

Al año siguiente se dirige a Quito; los españoles lo esperan en Juanambá, Bomboná y Pichincha (1822), donde Sucre se distingue extraordinariamente, y les infiere una seria derrota. Es entonces que el Libertador sube al Chimborazo y escribe su famoso *Delirio*; y es entonces también que Bolívar, el Libertador del Norte, y San Martín, el Libertador del Sur, se encuentran en Guayaquil (1822). San Martín, que había contribuido eficazmente a la libertad de Chile, después de pasar como Bolívar los Andes, (1817) improvisó una flota y se dirigió al Perú: los españoles se reconcentraron en la parte alta del país, o sea hacia el Alto Perú, hoy Bolivia, y San Martín dueño de la costa, pudo proclamar transitoriamente la independencia de aquel virreinato (28 de julio de 1821) y continuar su gira para El Ecuador, que Bolívar había libertado después de la batalla de Pichincha, anexándolo a la Gran Colombia. Es lo cierto que San Martín regresó de Guayaquil al Sur y que Bolívar se dirigió, en cambio, al Alto Perú en busca del ejército español. La cuestión se decidió, desde luego, en dos jornadas épicas: Junín y Ayacucho (1824). Perú y Bolivia quedaron libertadas en estas memorables batallas del Libertador, quien desde luego entró triunfante en el territorio que lleva su nombre, del cual fué proclamado Presidente, y Sucre, Vice-Presidente. Por demás está decir que el cargo no lo aceptó sino obligada y transitoriamente, pues su presencia en Bogotá era reclamada con urgencia.

En efecto, Bolívar volvió, a Colombia en 1826. En enero de 1830, ya cansado y enfermo, renunció la presidencia de Colombia, poco después del criminal asalto de que fué víctima, y fué a morir pobre, aborrecido y desilusionado, a una hacienda de Santa Marta, llamada San Pedro Alejandrino, propiedad de un español amigo suyo. El Gran Libertador de Sur América murió en estas condiciones a la una de la tarde del 17 de diciembre de 1830.

¿En qué consiste la extraordinaria grandeza de Bolívar? Porque hay que tomar en cuenta que como Libertador y soldado, también los hubo en México, Argentina, Chile y Cuba y como gobernante, como orador, como organizador, América ha producido, por lo menos, talentos quizá iguales.

La grandeza de Bolívar está en que, como ninguno otro, reunió en sí en forma integral, todos los dones de la naturaleza, y todos ellos los puso con gran dignidad, al servicio de un ideal generoso y humano.

La grandeza de Bolívar consiste en que, antes como ahora, y por muchos siglos fué, es y será, el paladín de las aspiraciones irrealizadas aún del alma americana. De otra parte, la atracción que la personalidad de Bolívar ejerce, la simpatía inmediata que despierta, consiste en que fué, es y será siempre el exponente típico de su raza, con los vicios y virtudes peculiares a ella. Lo que Washington es para Norte América, lo es él para la América del Sur. Del genio práctico del primero se vanaglorian los suyos, del idealismo del segundo nos vanagloriamos nosotros. Washington sólo pudo ser Presidente de los Estados Unidos. Él no pensó en independizar a México. Bolívar en cambio lo fué de Venezuela, de Colombia, de Ecuador, de Perú y de Bolivia, como pudo serlo de México, Chile y Uruguay. En todas partes estaba entre los suyos, porque a todos les dió el brillo de su espada, los fulgores de su inteligencia y los dones de su gran corazón.

La grandeza de Bolívar consiste en la fidelidad a sus ideales. Cuando asistió a la coronación de Bonaparte, le pareció aquello una cosa despreciable y de moda gótica, y cuando en la plenitud de su popularidad y de su fuerza, se le ofreció la Corona de Emperador de los Andes, pensó lo mismo. Su gran ideal era la República, y con la independencia de la nación, la independencia del hombre; por eso solía repetir: "Jamás seré el conquistador de una sola aldea".

La grandeza de Bolívar consiste en su mirada de águila para leer en el futuro de América los peligros que la acechaban. Fué visionario para buscar la unidad política de los pueblos de la Gran Colombia, y formar con ellos una República fuerte y respetable frente a la República del Norte, cuyo porvenir previó. Su proyecto magnífico que cristaliza el Congreso de Panamá, (1826) lo está ratificando, y los hechos confirmándolo.

Bolívar fué grande porque siendo superior a su siglo, fué sin embargo extraordinariamente humano. Para él la amistad era un culto. Como todo hombre bien nacido, fué fiel, grato y consecuente con sus camaradas, y hasta puede decirse extremoso con ellos. El intenso dolor que revelan sus cartas y proclamas, ya sea en el caso de la muerte del General Piar, de Girardot o de Sucre, está revelando un corazón en extremo sensible, pero al mismo tiempo heroico.

(Pasa a la página 158)